

“Don Juan Tenorio” cumple cien años en el cartel

Por

MARTÍN ABIZANDA

Ahora hace justamente cien años que se estrenó *Don Juan Tenorio*, en el teatro de la Cruz, de Madrid. Aquel 28 de marzo de 1844 pudo ser, pues, fecha importante en la historia teatral del viejo tiempo. Sin embargo, los cenáculos y tertulias literarias volvieron la espalda, despreciativamente, a la obra de don José Zorrilla. Interesaban más, pongo por caso, las últimas *Doloras* publicadas por el joven Ramón de Campoamor en las páginas prietas y uniformes de un periódico. De otra parte, los relatos de Sué y el *Hiver a Mallorca*, de «Jorge Sand», parecían acaparar toda la atención de los intelectuales.

A Zorrilla, aquella fría acogida, tampoco le afectó demasiado. Jamás tuvo fe en el éxito del *Tenorio*. Si accedió a su representación fué porque se trataba de los dos únicos días hábiles antes de la Semana Santa. Y duró siete en el cartel. Así, vendió el *Don Juan Tenorio*, inmediatamente, en 4.200 reales.

José Zorrilla y Moral no había cumplido aún la treintena. Tenía rostro pálido de asceta y largos cabellos muy negros. Sobre su sensibilidad de escolar, educado en el Seminario de Nobles, el triste y suave soplo del Romanticismo había impreso ya profundas huellas. Era un hombre perdido irremisiblemente para las disciplinas de alta ciencia. Lo ganó para sí la lírica. La Poesía. Luego, la aureola doliente y atractiva de ciertas figuras-símbolo le deslumbró. Espronceda, con sus ojos apasionados y sus labios sin color, y Mariano José de Larra—un rictus de angustia y de sueño siempre—, ambos muertos, cabalgaban en la noche vacilante de sus quimeras. Cuando vió el cadáver de «Fígaro», apenas despuntaba de la mocedad. Pero aquel trágico pistoletazo había de resonar hondamente en su corazón. Si algunas dudas de índole práctica y casera orientaban su ambición, todavía, hacia lados positivos de vida mejor, la sacudida que experimentara pudo más.

He ahí a José Zorrilla triunfador. Hasta los niños conocen ya sus versos arrebatados. La Historia, con su filosofía cruda y humana, plena de contrastes, ardiente de pasiones, le cautiva. Por causa de esta afición, a los veinticinco años gusta el sabor dulce y amargo de la fama: *Sancho García*, *El puñal del goda*, *El rey loco*, *La mejor razón*, *la espada*, y tantos otros motivos brindan a su inspiración singular caminos amplios. ¿Por qué, pues, ha empleado tiempo precioso en *Don Juan Tenorio*? ¿Por qué quiere recoger climas de amoríos y frivolidades, raptos y peleas de espadachines? Acaso la cuestión fuera resuelta pensando en un afán puramente mercantil. El *Tenorio* se hizo para salir del paso, de complemento. Zorrilla puso en él todo su esfuerzo de escritor porque le salía de dentro. De este modo, convirtió en cálidas estrofas vulgares pensamientos enhebrados en una trama populachera y simplista, con altibajos, muertes, amores, violencias y triunfo final de la virtud.

Zorrilla no se inmutó cuando, a los cinco días justos del estreno, alguien dijo desde *el Heraldo* que su obra resultaba pálida, fría y defectuosa. Que el asunto no era ciertamente original ya lo sabía. Le irrita, sin embargo, que se lo recuerden. La figura de don Juan existe; pese a lo cual, no alcanza difusión y fama universales hasta que es perfilada, o mejor casi, modelada de nuevo, por la hábil pluma de José Zorrilla. Se revuelve airado cuando le tachan de plagario, con textos inexistentes. Una cosa es que la obra no guste; pero

sus veintiocho años no consentirán jamás que se le humille. Y, de otra parte, que pregunten a Carlos Latorre, el primer actor de la época que ha encarnado la figura de don Juan, poniendo al servicio del personaje toda su magnífica experiencia teatral. Carlos Latorre se identifica con don Juan como se identificó con cada uno de los héroes reales o imaginarios de Zorrilla. Alto, apuesto, digno, demostrando a cada hora su origen noble y su educación esmerada, Carlos Latorre hizo el milagro de representar a los cuarenta y cinco años la marcial e irresponsable juventud del *Tenorio*.

Este gran actor español era el único y el mejor. Todos recordaban que, vivo aún el recuerdo del insigne Máiquez, Carlos Latorre había representado la *Otelo*, en el teatro del Príncipe, con figura, voz y gesto maravillosos. Entre las gentes del teatro de entonces, y aun de nuestros días, es conocida la muletilla:

Corre, corre, que viene Carlos Latorre.

Junto a él apareció, el día del estreno, enudita, pero arrogante, Bárbara Lamadrid. Las hermanas Lamadrid—Teodora, doce años más joven, fué quien repuso el *Tenorio* con Pedro Delgado—tenían también un origen distinguido. Su apellido auténtico era el de Herbella, sustituido por el de Lamadrid, con el que habían de hacerse famosas. Bárbara no desmerecía frente a Carlos Latorre, y contaba con un grupo numerosísimo de adeptos, tan grande como el que admiraba a su rival, Matilde Díez.

En aquellas turbias críticas que saludaron la presentación de *Don Juan Tenorio*, salváronse los intérpretes. La decoración tampoco satisfizo. «Ese paraíso—decía uno de los agrios censores—es más bien un escenario de comedia de magia que la representación divina que pretende el autor».

El carácter de don Juan, no por conocido levantó menos protestas.

«El señor Zorrilla—se dijo—acentúa la nota de su maldad hasta el extremo de negar la existencia del otro mundo y hacer responsable al cielo de sus pasos en la carrera del crimen».

Otro de los defectos que se vieron entonces fué la superabundancia de interjecciones, tales como ¡Vive Dios! ¡Voto a bríos! ¡Por vida del!, etc.; al punto de que Zorrilla suprimió muchos de ellos en vísperas del reestreno. Algunas licencias poéticas no pasaron tampoco por el estrecho tamiz de los críticos madrileños, y el mismo Duque de Rivas, buen amigo personal de Zorrilla, lo declaró públicamente.

Para Zorrilla constituyó una sorpresa la aceptación popular que posteriormente tuviera la obra. La Historia le reservaba, por boca de uno de sus más infortunados personajes, la revelación primera de su acierto popular. Ocurrió en Méjico. El poeta, emigrado allá, había encontrado abierto el palacio imperial. Fué la princesa Carlota de Bélgica, mujer de Maximiliano, quien, en vísperas de la inauguración del teatro de la efímera Corte, solicitó de Zorrilla un rápido esbozo de sus principales dramas. Don José expuso brillantemente el argumento de *Sancho García*, *El zapatero y el rey* y otras creaciones magníficas. Finalmente, como con desgana, trazó, en un par de pinceladas, el *Tenorio*. Y la emperatriz, con dulce voz, le rogó: «Principiemos, señor Zorrilla, por ese *Tenorio*. Como mujer os digo que es sublime y sencillo a la vez. Llegará a todos...»

La predicción de aquella (Continúa en la página 82)

